

# DESARROLLO, ¿PARA QUE?

Acaba de salir en las ediciones Fayard, de París, un libro de choque. Se titula «Freno al desarrollo». Y en él se contienen las conclusiones del **Massachusetts Institute of Technology** (MIT) sobre el futuro del crecimiento económico mundial y su repercusión en la sociedad del año 2000.

Durante dieciocho meses, un equipo de investigadores se ha dedicado a estudiar cinco factores clave del desarrollo en el mundo: el crecimiento vertiginoso de la población mundial; la explosión que supone el desarrollo de la industrialización técnica; el hambre y la desnutrición; el agotamiento de los recursos naturales en materias primas, y la contaminación atmosférica, que hace irrespirable el aire que nos rodea. Y todo ello como resultado del crecimiento técnico y económico, sin norte ni guía de la sociedad actual.

Aurelio Peccei, un hombre de sesenta y cuatro años, vicepresidente de la Olivetti y vocal del comité directivo de la Fiat, encargó al MIT, en nombre del Club de Roma, este estudio que ha levantado polémicas y discusiones apasionadas en estos últimos tiempos. Desde el secretario del partido comunista francés, señor Marchais, hasta los políticos de la extrema derecha francesa han levantado su voz contra este estudio apocalíptico, que describe con negras tintas el proceso a que nos encamina el desarrollo por el desarrollo, que es la característica de nuestro tiempo.

Unos pocos datos bastarán para convencernos de la gravedad del caso.

Nuestro planeta ha necesitado casi mil años para duplicar su población desde el año primero de nuestra era. En cambio, han bastado cien años (de 1850 a 1950) para duplicarla otra vez. Y ahora se prevén menos de treinta años para volver a hacerse dos veces mayor; de modo que si en 1961 había tres mil millones de habitantes en el globo terráqueo, en el año 2000 se prevén siete mil millones de seres humanos en nuestro planeta, para llegar en el año 2400 (de seguir el mismo ritmo actual) a habitar un hombre o mujer en cada metro cuadrado de la superficie de la Tierra: estaremos entonces dándonos codo con codo cada uno, si antes no ocurre algo diferente e imprevisto en nuestro crecimiento demográfico.

Si pudiéramos imaginar que los chinos tuvieran tanto porcentaje de coches como los americanos, no podría ese país resistir la contaminación atmosférica creada por la combustión de tanto motor. Y no se olvide que los desperdicios que circulan por el Rin, en Holanda —producto de las fábricas alemanas—, es el equivalente diario a 20.000 vagones de mercancía de desecho que envenena todo lo que toca.

El sistema capitalista del beneficio a ultranza lleva a estas duras crueldades y a otras muchas, que dejan perplejo al espectador imparcial. «Se echa petróleo en algunos países productores de patatas para que no puedan ser consumidas a bajo precio; se destruye el 30 por 100 de la cosecha de café, o se derrama la leche en los ríos, o se pudre la fruta en las plantaciones» (Leo Huberman, **El A. B. C. del socialismo**).

Igual podríamos hablar del hambre o del alarmante descenso de materias primas, y de tantas otras cosas que revelan la situación que define con moderado pesimismo el famoso economista austriaco Schumpeter: «El desarrollo es un proceso de destrucción creadora», aunque en realidad se trataría más bien de una **creación destructora**.

Tres personalidades francesas lo han discutido en el periódico católico **La Croix**. Un sindicalista de la CFTD, un economista de la Banca francesa y un sociólogo del Plan de Desarrollo del vecino país han sido los protagonistas de este interesante debate.

Unos más y otros menos, pero todos ellos han coincidido en señalar la gravedad de la situación de nuestro ciego y desequilibrado crecimiento. Piensan, como Peccei, que «los países ricos cada vez se enriquecen más, pero los pobres son los que engendran hijos», en una desigualdad de situación que no puede conducir sino a un ciego caos imprevisto hasta ahora por afán de seguir neuróticamente un concepto egoísta del progreso. Y todo ello mal que le pese a M. Raymond Barre, vicepresidente de la Comisión del Mercado Común, el más acurado contradictor del proceso que revela este conjunto de tan tristes datos.

El economista M. Jean Denizet pide que se piense en un balance de los países más realista. No sabemos el pulso del desa-

rollo de una nación por la tasa de crecimiento y el producto nacional bruto. Es preciso olvidarse de una estadística parcial basada en una sola cantidad o en un solo renglón de realidades, y se debe intentar un estudio más completo y complejo del desarrollo de la vida. Si se contabilizasen no sólo las «destrucciones creadoras», sino «las producciones negativas», se llegaría a concluir quizá que nuestro crecimiento sería nulo.

El sociólogo M. Bernard Cazès, más conservador, cree que bastan algunos arreglos al mundo actual para que sus problemas queden resueltos. Y, sin embargo, se plantea el problema del beneficio individual: «¿En esta búsqueda de un sistema que intente orientar la producción hacia bienes socialmente útiles, estaremos obligados a dejar la óptica del beneficio o provecho individual? Planteo —dice— la cuestión sin provocación». Porque todo este desorden manifestado en el mundo actual tiene, como una de sus causas principales, la falta de sentido social en las cosas emprendidas y desarrolladas hoy por los hombres; y su expresión material es la búsqueda exclusiva del beneficio material inmediato, sin ninguna otra consideración de base más social.

Mister Bonety, el sindicalista, tiene por eso una perspectiva más realista y más crítica al enfocar este egocentrismo que ha producido nuestro desarrollo económico del siglo XX. Según él —y yo estoy de acuerdo con su postura—, «una concepción mecanicista del crecimiento, una concepción basada sobre el provecho individual», es la base del mal, la causa honda del mismo. En segundo lugar, piensa que no debemos caer en la ingenuidad de ir ciegamente y por puro retrogradismo contra el consumo, lo que hace falta es «tomar postura a favor de la planeación y producción colectiva, en la que el consumo colectivo se ponga antes y por encima del consumo individual», de modo que «sea —por ejemplo— prioritario el transporte urbano colectivo sobre el del automóvil individual».

Y para ello se necesita —tener pronto— una «planeación democrática», que tenga en cuenta antes el bienestar colectivo que el personal.

Esta será la única manera de «romper esta carrera del lujo hacia el super-lujo» que a nada satisfactorio conduce. ¿No lo vemos esto con el porcentaje tan elevado de suicidios que produce la civilización exclusivamente material de los países escandinavos?

El ser humano quiere ser un hombre integral. No puede conformarse con ser la marioneta de un círculo vicioso material que le hace ser un peón dentro de la cadena del desarrollo económico; desarrollo para el que todo lo da con el fin de consumir después lo producido, movido por una necesidad imperiosa; debe consumir sin respiro, y cada vez más, lo que la sociedad consumista le está presionando a fabricar, sin poder participar humanamente en una verdadera construcción de un ser y de una sociedad más humanos.

No sé por qué Peccei —a pesar de su antifascismo— no me es simpático; hay algo aristocrático, separado, paternalista en su actitud que no convence. Como no convence ni puede convencer el afán simplista de pasar del desarrollo, ingenua y egoístamente consumista, como único medio de salir del problema, al freno «prudencial» de este desarrollo que no se sabe cómo manejar.

Lo que hace falta es otra cosa: gobernar el desarrollo, llevarlo inteligentemente conducido por móviles (en los de arriba, de en medio y de abajo) que no sean egoístas, que sean inteligentemente sociales. Así se obtendrá una nivelación de situaciones económicas y una primacía de la calidad sobre la cantidad de bienes consumidos, evitando la carga de creaciones negativas (destrucción, desperdicios, contaminación) que envilecen el desarrollo.

Debemos comprometernos «no hacia un siempre más, sino hacia un siempre mejor». Y los valores humanos de Oriente —no sólo los de la India de los yogas o del Japón del budismo—, sino en los que hay que reflexionar desapasionadamente, como dice Peccei: «Pienso que los chinos serán en el mundo un factor de equilibrio y no de desequilibrio».

Ellos han sabido comprender lo que todo cristiano debía haber comprendido: que «pobreza y riqueza deben ser rechazadas como indignas del hombre», como enseñó en enero último el católico Gabriel Marc en la Semana del Pensamiento Marxista de París.

MIRET MAGDALENA